

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquet

La evolución del clan patriarcal

(Continuación.)

En Roma, los padres sacrificaban sus hijos á la ley, se enterraba vivas á las vestales y tratábase con ferocidad al deudor insolvente.

En la vida privada, todo era grosería y dureza; el padre vendía sus hijos como esclavos, era dueño absoluto de su mujer y de sus hijas y sobre toda su familia tenía derecho de vida y muerte. De su cliente exigía la contribución costare lo que costare y torturaba sin piedad á sus esclavos.

Se nos cita la frugalidad y la simplicidad de los antiguos patricios. Permítasenos sobre el particular una simple objeción. Cuando se trata de una costumbre generalizada á todo un pueblo, la historia la consigna sin citar nombres, precisamente porque la costumbre es general; pero cuando se nos habla de las virtudes de los patricios, de su vida rústica, se tiene mucho cuidado en hacernos observar que tal personaje, en tales circunstancias, dió el ejemplo de desinterés, y si los anales han guardado tan cuidadosamente el nombre y la memoria de estos hombres, ¿no será, tal vez, porque constituían una escepción en su casta? Todo lo más que se puede sacar en conclusión es que su vida era grosera;

eran campesinos avaros y rapaces con la agravante de ser soldados.

Pero prosigamos nuestro análisis estudiando ahora la segunda etapa de la evolución del pueblo romano: la República.

Fuera de los patricios y de sus clientes que al volver de la guerra se repartían el botín, había además en Roma otra clase: los *erarii* ó plebeyos. Componían estos los descendientes de los antiguos habitantes del país, antes de la conquista de Romulus, que no habían querido alienar su libertad, los vencidos en las continuas guerras y conducidos á Roma para llenar los vacíos de la población, la gente que acudía á reclamar el derecho de asilo, y por último, los que iban para ejercer en la ciudad su profesión ó comerciar. A todos estos designábanles los conquistadores con el nombre de *extranjeros* á la ciudad, y se les obligaba á vivir fuera de los muros de Roma, en un arrabal exprofeso, y no tomaban parte en las distribuciones de botín por más que en caso de peligro venían obligados á combatir para defender sus habitaciones y sus campos. Tenían sus jueces y únicamente debían obediencia al rey, ó á los cónsules y dictadores cuando se estableció la República.

A estos extranjeros hay que agregar igualmente los Romanos pobres que no habían querido entrar á formar parte de una gens y todos aquellos cuyo patrono moría sin dejar posteridad, que quedaban *sin auspicios*.

A medida que fué engrosando el número é iba aumentando su sufrimiento á consecuencia de la desigualdad de condiciones que se les imponía, los plebeyos comenzaron á reclamar su participación en la vida política, participación que lograron después de largas luchas. Esta igualdad política entre todos los habitantes de Roma fué proclamada de derecho.

Pero si bien alcanzaron los plebeyos el derecho de votar en las asambleas y poder llegar hasta las magistraturas del Estado, no lograron, de todos modos, la igualdad económica. Bajo este punto de vista su situación era de las más precarias. He aquí con exactitud cual era.

En tiempo de la realeza, el rey, jefe absoluto en todo lo que concernía los asuntos militares, presidía el reparto del botín y extraía de él con el nombre de «dominios del Estado» lotes de tierra que andando el tiempo formaron extensiones inmensas de territorio.

Sucedió que más tarde los patricios se apropiaron estos dominios y adquirieron de este modo grandes riquezas en detrimento de los plebeyos. A menudo estos últimos se veían obligados á tomar dinero á préstamo sobre sus dominios y los nobles usureros no tardaron, al amparo de la ley, que ponía al deudor entre las manos de su acreedor, en estrujarles de lo lindo. Frecuentes eran los casos en que el pobre diablo expiaba en los tormentos ó con la muerte el crimen de no haber nacido patricio, es decir, ladrón, y más numerosos aún los casos en que se veían reducidos á la esclavitud.

Vino, por lo tanto, un momento, en que la extrema miseria de los unos y la extrema riqueza de los otros rompieron

el equilibrio inestable de una sociedad fundada sobre la propiedad particular. ¿Pero qué podían hacer aquellos hombres que habían perdido toda iniciativa y solamente sabían obedecer ciegamente á los jefes de partido? Llegaron á la única conclusión lógica de su organización política: ya que el Estado les había pedido el abandono de su propia voluntad, ya que la ley pretendía regirles y les declaraba impotentes para saberse conducir por sí mismos, que el Estado se encargara, pues, de proporcionarles los medios de existencia, que les repartiera las tierras conquistadas al precio de su sangre.

Otra cosa mejor no supieron pedir y he aquí como los Romanos llegaron al Socialismo de Estado, á las leyes agrarias.

Veamos ahora lo que pudieron obtener. He aquí el texto de la ley agraria conocida con el nombre de ley Licinia, del nombre de Licinius que la propuso:

«Ningún ciudadano podrá poseer más de 500 yugadas (126 hectáreas), de las tierras del dominio.»

«Nadie podrá enviar á los pastos públicos más de 100 cabezas de ganado mayor y 500 de menor.»

«De las tierras restituidas al Estado, se tomará lo que sea necesario para repartir á cada uno de los ciudadanos pobres siete yugadas (1 hectárea, 76 áreas).»

«Los que continúen siendo detentadores del dominio pagarán al tesoro público el diezmo de los frutos de la tierra, un quinto del producto de los olivares y de las viñas y el censo debido por cada cabeza de ganado. Cada lustro, se arrendarán estos impuestos por los censores al mejor postor, y se destinará esta renta á la manutención de las tropas.»

«Cada propietario queda obligado á emplear en sus tierras un número de

»trabajadores libres en relación con la
»extensión del dominio.»

Como se ve la ley esta era bien modesta. Consagraba la desigualdad de las fortunas y hasta permitió á los patricios y á los enriquecidos de toda clase continuaran gozando del producto de sus malversaciones no haciéndoles restituir más que una parte sobre la cual se separaba una parcela para los pobres.

De todos modos, estas modestas pretensiones tuvieron por consecuencia desencadenar todos los furores de los ricos y cuando al cabo de diez años de luchas y de oposiciones de toda clase acabaron por ceder y aceptar la ley agraria, fué porque se convencieron de que sería imposible aplicarla. Continúemos citando:

«Los ricos sabían muy bien las insuperables dificultades que debía encontrar en su aplicación la ley Licinia, cuando después de diez años la aceptaron. No ignoraban tampoco cómo eludirla, emancipando á sus hijos antes de la edad para adjudicarles las 500 yugadas permitidas, ó bien haciendo pasar á un testaferro lo que hubieran debido restituir al estado. El ejemplo

»de Licinio, condenándose á sí mismo, »en 357, á una multa de diez mil ases »por haber poseído mil yugadas (250 »hectáreas), de tierras del dominio bajo »el nombre de su hijo emancipado, viene »á probar cuán numerosas eran las contravenciones, cuando el mismo autor »de la ley, un consular, podía eludirla »sin demasiado rubor.»

«Así pues, el dominio público continuó »invasado por los grandes, que comenzaron á fundar, apropiándose la Italia, »las colosales fortunas que sólo la aristocracia inglesa podría hoy hacernos »comprender. En 291, necesitaba ya dos »mil trabajadores un cónsul para roturar »sus bosques.»

Al llegar aquí podemos hacer observar que si los ricos pudieron de este modo eludir la ley y engañar las esperanzas de los socialistas de aquella época, la culpa pertenece á éstos que se quedaron en los términos medios; no reclamaron que se les hiciera justicia completa por medio de una repartición igual de los bienes, pero aunque así fuere, esta distribución no hubiera obtenido mejor resultado.

(Continuará.)

Ricardo Mella

Hacia el porvenir

Las fechas pasan y los recuerdos se borran. Los más graves sucesos pierden, con la distancia, en la conciencia humana, toda su trascendencia. Un momento son emblema, heraldo, consigna, grito de guerra; parecen absorber la existencia entera y después nada. La vida mira hacia adelante.

No hablemos del obrero que dá gracias al burgués que provee á la necesidad de ganarse el jornal. El obrero militante apenas hace memoria de las

fechas que registran acontecimientos notables. El 18 de Marzo, el 1.º de Mayo, como muchos otros días memorables, no son ya más que uno de tantos pretextos para que la verborrea de oficio lance en el vacío de la indiferencia popular las estulteces de rúbrica y los tópicos al uso.

El proletariado no vive de recuerdos. Quédese ello para la vejez, que la gente moza en el porvenir tiene la mira, que no en el pasado.

Se comprende que las clases directoras, en las postrimerías lastimosas de su existencia, vuelvan la vista atrás, vivan solamente de recuerdos, de sus grandes revoluciones, de sus triunfos ruidosos, de todo lo que fué. No hallarían en lo que es, sustancia de que nutrirse.

Se comprende así mismo que á la gente nueva, á los trabajadores, embrión de algo que se avecina y que nace ahora con todos los ímpetus de vida desbordante, le suceda lo contrario.

La revolución obrera tiene sus recuerdos, sin duda; la insurrección comunalista destacándose entre todos. Pero no se halla en el pasado sino enseñanzas para lo venidero, y el pensamiento y la acción revolucionarios enfilan el porvenir con la vehemencia que inspira el ideal. En este terreno, las clases trabajadoras permanecen fieles al espíritu de la *Internacional*.

Pese al reformismo socialista que apenas se llama Pedro y al dilettantismo anarquista que se llama demasiadas cosas, perdura irreductible en la mentalidad obrera el sentido netamente revolucionario: expropiación y liberación en beneficio de todos. Libres de embolismos de trasnochada filosofía, burla burlando la novísima pirotecnia sociológica, van los trabajadores en derechura á su objeto, la emancipación material, base incuestionable de todas las redenciones posibles.

Quien juzgara por el aspecto actual de las luchas sociales que el socialismo y el anarquismo dormitaban por demasiado doctrinario el uno, por demasiado especulativo el otro, no se equivocaría gran cosa. Pero todo acto mental de extensión en este sentido sería fuertemente erróneo. El proletariado no duerme; su espíritu de revuelta, de insubordinación, es hoy más vivo que nunca. Ocioso es mencionarlo. Háse apoderado de todos en tal forma el anhelo de emancipación, el

deseo de una vida nueva sin los dolores y los ataderos de la actual, que la acción revolucionaria se produce sin las excitaciones de los partidos y á veces á pesar de ellos y contra ellos.

Entramos en pleno periodo insurreccional. La *Commune* y la huelga están en todas partes. Los trabajadores del mundo sedicente civilizado hacen, en realidad, honor al sentido social y ético de los grandes agitadores anarquistas de la buena cepa, aun cuando se desvían de los que ahora gustan de convertir en delicados manjares intelectuales los radicalismos de antaño.

Las huelgas contemporáneas, quieran que no los socialistas de la disciplina férrea y del Estado providencia, no son sino fiel trasunto del clásico espíritu anarquista. Todos los movimientos y agitaciones populares desdeñan la parsimonia de los discursos y de las allocuciones y ponen de relieve esta verdad que riñe con todos los convencionalismos políticos; la emancipación de los trabajadores es la obra revolucionaria, actual é inevitable, de los trabajadores mismos.

La jornada de trabajo, la cuantía del jornal, etc., apenas significan nada. En todo movimiento obrero hay un pretexto visible; el motivo real es siempre algo más hondo, espíritu de solidaridad, de rebeldía, de justicia, de dignidad, de derecho integral; algo que conduce al porvenir.

La *Commune* fué la primera vibración de la fuerza revolucionaria naciente. Millares de vibraciones revelarán quizá muy pronto que la revolución ha madurado. Su obra pondrá término, con una suprema violencia, á todas las violencias. Más allá de la irrupción de todas las rebeldías, están la paz, la libertad y el bienestar.

Caminemos resueltamente hacia el porvenir.



Donato Luben

¡Oh, el pasado!

Es, realmente, asombroso observar, á través de los siglos históricos, el modo paulatino con que van transformándose los *tipos sociales* en el perenne evolucionar revolucionario á que todo se halla sujeto bajo la acción palingenésica del tiempo.

Si abrimos la Historia del mundo y nos engolfamos en la contemplación emotiva de la marcha de las sociedades humanas á través de los tiempos, pronto echaremos de ver la fecunda transformación progresiva experimentada de siglo en siglo en todas las manifestaciones de la vida política, económica y social de los pueblos y de las nacionalidades.

El mundo humano, impulsado por la dinámica de perfección selectiva á que todo se halla sujeto en las armonías proporcionales del tiempo y del espacio, camina derechamente, de progreso en progreso, hacia su constitución gloriosa de libertad, de paz, de igualdad y de justicia fraterna.

El progreso social es evidente, de una evidencia incontestable. En cada época de la Historia pueden observarse sus sanos efectos redentores de humanización y de engrandecimiento.

La inteligencia humana se perfecciona más y más á cada nuevo instante que pasa. Nada se pierde ni agota en los ciclos misteriosos del eterno evolucionar.

El triste ocaso de lo que muere, sirve siempre de refulgente aurora á lo que nace. Razas, pueblos, imperios y civilizaciones caen arrastrados por la ola purificante del tiempo, para dar paso á otras nuevas modalidades sociales infinitamente más perfectas que á la razón lo fueran los fenecidos.

Y así, merced á las sanas actividades de un forcejear sempiterno, va la Huma-

nidad adelantando de día en día en su ascensión gloriosa, sin que jamás desmaye ni retroceda nunca, eso no; pero viéndose en no pocas ocasiones, obligada á permanecer estacionaria, detenida en su marchar triunfante por los muchos obstáculos que, la reacción y el error, acumulan en su camino...

* * *

Todo va progresando y perfeccionándose poco á poco fundido en el inmenso crisol de la evolución histórica.

La cultura de los pueblos va elevándose á medida que el progreso liberaliza las costumbres y hace menos pesado el yugo de la autoridad.

Cuanto más se debilita el despotismo tutelar ejercido por los poderes constituidos sobre las agrupaciones humanas que constituyen el llamado *orden social*, mayor resulta el grado de bienestar y cultura de que gozan los pueblos.

La muerte del absolutismo en Europa, ha producido el engrandecimiento de la personalidad humana capacitándola para llegar á la reivindicación de todos sus derechos políticos, económicos y sociales.

Digan, pues, lo que quieran en contrario los vetustos misonéistas sempiternos ensalzadores del pasado, es lo cierto que, desde que el mundo es mundo, nunca gozó el género humano de mayor grado de bienestar, civilización y cultura que el de que goza á la hora presente.

Antiguamente, en Atenas como en Sparta, en Cartago como en Roma, el foco de la civilización era un foco mortecino, sin brillo y sin oriente, propio para alumbrar las grandezas opacas de un mundo triste, sostenido sobre las gran-

des vergüenzas humanicidas de la esclavitud, del libertinaje y del despótismo.

La civilización helénica, esa civilización portentosa henchida de bellezas deslumbradoras, cuyas solemnes grandezas ebúrneas refulgen todavía á través de más de dos mil años; esa civilización altiva de líneas armoniosas y de armonías insuperables, esa civilización que tanto nos seduce y deleita con el flameo viviente de su genio inmortal; esa civilización maravillosa, la portentosa civilización griega, la más grande de las civilizaciones antiguas, mantuvo á todos sus inspirados Homeros, Fidias, Sócrates, Licurgos y Themístocles á expensas del sudor de los parias y de los ilotas aherrojados...

Y si tal puede decirse de la civilización griega, ¿qué no podrá decirse de la fastuosa civilización romana embrutecida en las bestialidades del circo y encenagada en las lujuriantes miserias del triclinio?

En Roma, desde los soberbios palacios del opulento Lúculo, podían contemplarse los miserables cubículos albergadores de la plebe esclava. Los césares, los magnates y hasta los propios tribunos del pueblo, vivían explotando la esclavitud del modo más inhumano, repugnante y grosero.

Las opulencias fastuosas de la civilización romana, fueron cimentadas sobre el despojo y la aherrojación.

En la ciudad de los Césares augustísimos, llegó á tales extremos la humanicida crueldad de la *barbarie civilizada*, que los patricios romanos sacrificaban esclavos para *darse el gusto infame de cebar, con carne humana fresca los lampreas de sus estanques...*

Roma, para campar soberana y poder erguirse altiva, con altivez lujuriente de meretriz desenfrenada, llevábalo todo en el mundo á sangre y fuego...



Está visto: *el pasado*, contémplese desde el punto de vista que se quiera, es un inmenso cúmulo de vergonzosas miserias.

No hay, no, grandeza alguna del pasado que no se halle manchada con el lodo sangriento de la opresión.

Los templos esplendentes de los dioses y los magníficos palacios de los reyes y de los emperadores, las célebres *Pirámides* de Egipto como el propio *Vaticano* pontifical, todo, todo ha sido elevado á lomos de los esclavos, basado sobre el despojo y sobre la explotación del hombre por el hombre. La Edad Media, época en que el cristianismo *redentor* consiguió elevarse al cénit de su mayor apogeo y preponderancia mundial, fué también la época fatídica de mayores tristezas para las clases desheredadas. En ella, establecido el feudalismo, vino el sér humano á quedar reducido á la ínfima condición de objeto viviente al servicio del bárbaro señor de horca y cuchilla.

¡Da congoja contemplar el negro cuadro de las infinitas amarguras sufridas por los hombres del pasado á través de una triste odisea de horrores y miserias que parecen inacabables!...

El hombre, explotado y oprimido por el hombre, ha pasado por las mayores vergüenzas y sufrido los padecimientos más inconcebibles. Paría en Atenas, ilota en Capadocia, esclavo en Roma y siervo y carne de explotación en todas las épocas de la Historia y bajo toda suerte de despotismos político-autoritarios, el infeliz plebeyo desheredado ha sido la base de todas las codicias acaparadoras y el pedestal de todos los encumbramientos más ó menos soberanos. Los Césares abrieronle el vientre para que sirviera de calorífero á sus *angustias pezuñas*; los patricios romanos arrojáronlo al circo para que fuera devorado por las fieras más atroces y sanguinarias, y los nobles de la Edad Media,

escarnecieron vilmente su dignidad de hombre, sometiéndolo *al pago del infamante derecho de pernada*.

La crueldad refinada del despotismo despojador, no se conformó, no, con dominar y explotar á los infelices proletarios. Los crucificó en Cápuo, los *casó*, como si fuesen alimañas feroces, en los bosques de la libre Inglaterra y los sometió en todas partes bajo el cruel y denigrante azote del verdugo.

Sí; es triste, muy triste repasar las páginas de la Historia del mundo, porque ellas están repletas de espantables recuerdos vergonzosos.

La insólita avaricia taimada del hombre dominador, ha producido estragos estupendos en el pobre rebaño inerme de los hombres dominados. Pero afortunadamente, todo tiene fin en este *misero mundo*; y ese fin venturoso de redención y justicia, se acerca rápidamente para el despotismo liberticida que todavía maneja en Rusia el terrible *Knut* en pleno siglo xx, y también para la explotación capitalística que, no obstante lo mucho que hemos progresado humanizándonos con toda clase de generosos altruismos, á la hora de ahora tiene aún secuestrada la libertad del pueblo productor mediante el régimen del salario, última manifestación de la explotación del hombre por el hombre.



A eso, á concluir con el despotismo autoritario, con la mentira religiosa y con la innoble explotación capitalística, á eso se encaminan al presente todos los esfuerzos de la inteligencia, de la acción y del pensamiento.

Hay que mirar hacia adelante, hacia el porvenir refulgente preñado de esperanzas halagüeñas. Atrás queda lo que

fué: la Historia y la tradición; esto es, el triste *spoliarium* donde yacen, en siniestra confusión macabra, los restos inservibles *del pasado bochornoso* con todas sus lacras y miserias horripilantes.

Lo que nace siempre es mejor que lo que muere. Destello de sol que pasa ya no vuelve á alumbrarnos jamás, por muy refulgente que al pasar nos haya parecido.

No hagamos, pues, caso alguno de los regresivos loadores del pasado, que nada bueno puede ni debe esperarse de los que miran hacia atrás para cobijarse en las tinieblas de los cementerios tradicionales.

En la marcha regular de la existencia, de nada sirven ya las horas que fueron. La vida florece siempre y se expansiona exuberante, en las frescas inmensidades del instante que nace eternamente nuevo.

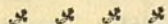
Dejemos que el pasado descanse en paz en el abigarrado sarcófago de la Historia y sirvámonos del presente como punto de partida para el porvenir.

Del porvenir son todas las grandes soluciones del bienestar humano, como fueron del pasado todas las ignominiosas vejaciones que todavía se disputan con furia el predominio aherrojador de las *almas* y de los cuerpos.

Y si, como es indudable, en el porvenir está la redención verdadera del género humano, ¿á qué hacer caso de esos misólogos interesados que nos ofrecen, en la resurrección galvánica del pasado, una felicidad ficticia?..

Lo que muere jamás resucita, aunque, muchas veces, suele ser desenterrado.

Es más útil crear que exhumar. Creemos, pues, creemos con los ojos fijos en el porvenir, mirando hacia el Oriente, ya que del Oriente viene la luz...



Literatura y Acción

Hay optimistas que cuando oyen predicciones sombrías ó tristes vaticinios para el porvenir, creen impugnarlo todo con repetir llenos de ingenuo entusiasmo: ¡El mundo marcha!

Tienen razón: El mundo marcha. Pero es preciso concretar bien la significación de esas palabras que parecen haber alcanzado el valor de un aforismo, con el que se pretende expresar el resumen de un intrincado problema de luchas sociales.

Para estas buenas gentes no hay hecho ó suceso, por contradictorio que parezca, que no sea indicio del fin próximo del régimen burgués. Hasta existen personas honradas que lamentan no creer en el oráculo de los hebreos, en el augur de los romanos y en el gnomo de los caballistas porque en ellos hallarian confirmados sus mas ardientes anhelos.

Sabemos, sin embargo, que en algunos hombres su fe ciega en el porvenir es pura gerundiada ó actitud convenida que les permite vivir en perpetua godería. Esto, no obstante, tenemos interés en señalar nuestra opinión respecto del presente en su relación con el futuro.

La casta burguesa es sin disputa la peor de cuantas han regido á los pueblos desde los comienzos de la historia. En parte por designios naturales de su tiempo, y no poco por espíritu de clase, la burguesía ha llenado el mundo, en poco más de un siglo, de artefactos destructores, de instrumentos para enriquecerse y gozar, y á causa de su falta de adaptación á las nuevas bases de asociación humana que para el porvenir se señalan ¿quién podrá negar implícitamente que ante la perspectiva lejana de la supresión de sus privilegios y hegemonías no ponga en juego sus elementos y astu-

cias para undir nuestra especie en los infiernos de una guerra universal, de la que sólo resulten ruinas, barbarie y miseria?

Todo hay que temerlo de nuestros burgueses y políticos y la historia nos habla con demasiada elocuencia de imperios y civilizaciones que fueron destruidas con muy inferiores elementos á los que hoy posee la casta dominante. De cualquier modo, prepararse para oponer tenaz resistencia al avance de la brutalidad guerrera y las habilidades legislativas, será actitud más propia de hombres fuertes que no adormecerse en optimismos ingenuos que si alguna vez expresan bondad de sentimientos, otras ocultan cobardía y amaneramiento.

Y no hay motivo para esperararlo todo del inconmensurable movimiento de la literatura, como hace pocos días me decía un amigo, tan honradote y cándido como alegre de corazón: Todas sus estadísticas de «escritores revolucionarios y su prodigiosa actividad» todas sus «falanjes de intelectuales» sus «focos de luz que iluminaran todas las conciencias» podran bien poco, por el momento al menos, contra la acción avasalladora de la burguesía triunfante.



Prescindiendo de los escritores libertarios de España, que poco ó nada pueden influir en la literatura castellana, tendremos que habérnoslas con escritores independientes, burgueses intelectuales y representantes de las escuelas extranjeras, especie de amasijo indigesto, capaz de confundir á todo el mundo con dudas y recelos.

Es posible que en el cerebro de un secretario, de esos á quienes la obsesión supe-

ditándolos á la unilateralidad de la idea les hace reducir todo silogismo á proposiciones menores, no influya el tal amasijo hasta alejarlo del camino de las reivindicaciones directas; pero un criterio amplio, tolerante y reflexivo, caerá, después de algunos años de constante y aventurada lectura, en los abismos de la duda, para divagar durante mucho tiempo por los laberintos del conceptualismo, de las tesis y las hipótesis, y perderse al fin en el erial estéril del indiferentismo, erigido hoy en escuela literaria.

Así se explica, en la actualidad, la palpitante contradicción entre la teoría y los hechos, entre las lucubraciones morales de nuestra literatura burguesa y la barbarie latente en la vida pública de las naciones.

Y es que la literatura, representación la más hermosa de la cultura de los pueblos, atraviesa periodos de indecisión estética y filosófica, durante los cuales es arma mercenaria de todas las contradicciones y maraña donde se confunde con acomodaticias hilvanaciones de frases todas las opiniones peculiares y de escuela, con animosidades y violencias que dividen á los hombres en grupos que se repelen.

Durante estos periodos, los literatos se distraen en logomáquicas polémicas en las que los ditirambos suelen ser los proyectiles de toda lógica; y mientras tanto, aprovechando las ventajas de la confusión, los hombres de acción de la banca, la política y el Estado, traducen en legalidades históricas todas las negaciones de las libertades, conquistadas por la acción popular, también.

De este modo, cada intelectual encerrado en la torre de marfil de sus particularismos éticos y filosóficos, contribuye á la confusión del conjunto, donde, en medio de miles de elucuciones antagónicas, se pierde ó debilita la finalidad económica del movimiento literario.

Cada cual de nosotros recordará haber

leído algún autor que, no obstante la pretensión de su heterodoxia en la ciencia y la filosofía burguesa, habrá dogmatizado de tal modo, que bastaría enumerar sus afirmaciones y preceptos para que el absurdo y la aberración cayeran sobre su cabeza como cae sobre la tierra la lluvia torrencial.

De aquí resulta un contraste sugestivo entre el genio y el ingenio, entre el talento y la vanidad, entre el que crea y el que imita, y ello tal vez explique el por qué los más ilustres literatos sean menos revolucionarios de hecho que los más modestos hombres de ciencia. Lo cierto es, aparte lo discutible de nuestra afirmación, que los más eminentes literatos, celosos á la vez del progreso de las libertades populares, no ven como las conquistas revolucionarias sedesquician, y aprecian en mucho menos de lo que valen los esfuerzos proletarios que las defienden. Á muchos escritores jóvenes, la superhombria se les ha subido de tal modo á la cabeza, que por mucho que lo disimulen no siempre consiguen ocultar el desprecio que les inspira hasta la parte sana del pueblo.

En su engreimiento peculiar, olvidan que los indicios primeros de toda idea proceden de origen desconocido, circunstancia que caracteriza á toda obra y concepción del público, y que si la literatura amplía las ideas y fecunda las conciencias, es aún la fuerza, en el último periodo de toda evolución, quien posee la virtualidad de convertir en realidades las teorías.

Y si como en la época presente, las puerilidades de la babel literaria condenan todo acto de violencia que tiende á protestar de regresiones é injusticias públicas, fuerza será convenir con nosotros en que al declarar la literatura burguesa por debajo de las luchas de nuestros días é indigna de sí misma, no hemos proferido ninguna blasfemia.

No, no puede ser una blasfemia nues-

tra relativa pretermisión, como factor revolucionario, de la literatura de los privilegiados de la fortuna. Creemos que es bastante declarar sinceramente que la reconocemos el don de ser un admirable factor evolutivo hasta que se llega á los límites donde se discuten los derechos históricos con los naturales.

Por lo demás, los hechos corroboran con sobrada elocuencia nuestro aserto. Miles de libros, millones de periódicos, de folletos, de artículos y grabados no bastan para contener á los gobiernos en su natural descenso liberticida; no son suficientes para que á diario los brazos seculares del Estado dejen de estrujar á los humildes. La guerra se admite hoy como fatalidad irreparable, la miseria como un mal sin remedio y la ignorancia como un fenómeno de las multitudes; así, pues, ni siquiera el atrevimiento del concepto harebasado los límites de las conveniencias de clase. Y si esto no es

una verdad universal, si lo es el hecho de que mientras la lucha armada no afirma las conquistas mentales, todo continúa igual para el obrero que, con la cabeza repleta de ideas emancipadoras, continúa preterido en la distribución del consumo y de los gozos.

Es más, creemos que la literatura burguesa tiene el don de entontecer á los humildes. Algunos infelices obreros, inteligentes y activos, han muerto para la acción revolucionaria desde que sus aficiones literarias les transformó de simples hombres en hombres simples.

No está, pues, en la literatura, sino en la ciencia y sus aplicaciones, la redención obrera.

Al menos tal es nuestra opinión y no dudamos en aconsejar á los muchos obreros que escriben, que abandonen en parte su tarea para estudiar matemáticas, mecánica, química y electricidad.

Carlos Letourneau

El porvenir de la literatura

Actualmente la literatura, no tan sólo la de Francia, sino la de Europa, se parece á la sociedad política contemporánea; se ha desembarazado casi del yugo antiguo, pero no sabe hacia donde va; vive al día, en pleno desorden. Nuestros escritores no imitan ya á los Griegos y los Romanos, pero continúan componiendo poesía que á menudo no responde á ningún sentimiento general, á ninguna aspiración social; es poesía de *dilettanti*. Nuestro realismo contemporáneo es la resultante de una tentativa para salir de un vez de lo ficticio, pero no sabiendo en que ocuparse se limita casi siempre á pintar, á fotografiar mejor, ciertos aspectos de nuestra sociedad, raramente los más bellos y los

mejores. Sería una época de decadencia si no se sintiera germinar un gran movimiento de transformación social, y, por consiguiente, literario. Como sucede en todas las épocas de decadencia literaria, la forma, por el momento, priva más que el fondo; el consonante y otras necesidades del mismo género impiden tener sentido común; la rima es rica y pobreísimo el pensamiento. Por no salirnos de nuestro país, diré que es fastidioso síntoma ver como los ciceladores de versos deshacen el camino andado y vuelven á la literatura de los salvajes más primitivos, á la literatura interjeccional, en la que el sonido lo es todo, en la que el sentido no es nada, haciéndose con una especie de reputación ridiculísi-

ma escribiendo poemas que, sin alterar la significación, lo mismo pueden leerse comenzando por el fin que por el principio.

Análogas aberraciones han marcado todas las épocas de decadencia literaria, y, cuando ellas se genralizan, el mal no tiene remedio. No hemos llegado aún á esta gravedad, pero con inquietud podemos preguntarnos qué porvenir literario está reservado á los países civilizados á la europea, pues que las enfermedades literarias corresponden siempre á perturbaciones correspondientes en la salud del cuerpo social.

Esta necesaria correlación entre los destinos literarios y los de las sociedades no es propia para tranquilizarnos. Hasta el presente, las naciones que nos han precedido en la escena del mundo, han desempeñado en ella un papel importante, han tenido una suerte final más ó menos triste. A pesar de acumular progreso sobre progreso desde el punto de vista del arte, de la ciencia y de la industria, aquellos pueblos fueron degenerando moralmente poco á poco, acabando todos por inmovilizarse en el despotismo monárquico, en la esclavitud religiosa, en la explotación despiadada de la masa por una minoría habilidosa, de fuertes. De estas naciones degeneradas, algunas han quedado paralizadas para siempre; la mayor parte quedaron castigadas por su inmoralidad social con la despoblación y la conquista. Estas últimas han sido las más afortunadas, pues los invasores, menos refinados pero más sanos, les inocularon una sangre nueva y el ciclo recomenzó. ¿Pasará siempre lo mismo? ¿La evolución social debe fatalmente conducir al mismo y lamentable fin? ¿La desesperante fórmula de Vico, es la gran ley del mundo moral?

Muchas señales precursoras anuncian que en nuestra Europa y los Estados que ha enjambrado han llegado á aquella edad que puede llamarse crítica. Nues-

tra civilización, la últimamente venida al mundo, ¿ha de sufrir la suerte deplorable de sus antepasadas, ha de deslizarse por iguales causas sobre la misma pendiente y terminar en igual destino: la desmembración por la conquista ó una incurable letargia mental? El naufragio social es poco probable, pues que ya principia á sentirse la necesidad de virar en redondo. Si este cambio de dirección no se efectúa en tiempo útil, no hay porque inquietarse por nuestro porvenir literario: los muertos no tienen literatura. Sí, al contrario, las naciones civilizadas á la europea se transforman y se entregan á una era de progreso social, nuestros descendientes podrán asistir á un verdadero renacimiento literario que no será esta vez una imitación del pasado.

Un hecho general hemos observado á través de nuestra investigación sobre las razas y las edades, y es que la estética va siempre estrechamente ligada al estado social y político del cual es un reflejo. Ahora bien; todos nuestros anteriores estudios sobre la familia, el matrimonio, la propiedad, la constitución política, la religión y la moral, nos han conducido á una misma conclusión: la necesidad de volver á un régimen de solidaridad social. En todas partes la esterilidad literaria proviene del excesivo individualismo. Sin duda que es imposible que las sociedades futuras vuelvan al clan comunista de los primitivos que también es funesto á la producción literaria, pues absorbe la total actividad de los individuos. El problema social que hay que resolver consiste, por tanto, en conciliar una suficiente independencia individual con una suficiente solidaridad general. Las sociedades que resuelvan este problema, menos arduo acaso de lo que parece, verán á sus literaturas desplegar un vuelo hasta entonces desconocido.

Como se ha hecho observar muchas

veces, la gran inspiradora en estética es la simpatía social. Para ser en extremo bueno, dijo Shelley, un hombre debe tener una imaginación intensa á la vez que comprensiva; debe poder colocarse en el lugar de otro, de muchos otros hombres; las penas y las alegrías de su especie debe hacerlas suyas. Para que una obra literaria sobreviva joven á través de los siglos, es necesario que resuma brillantemente las más generales aspiraciones del tiempo y del país que la vió nacer. De este modo sus contemporáneos comienzan por reconocerse en ella, saborean el placer de ver su ideal expresado de modo superior. Esto fué el principal motivo del éxito de los poemas homéricos, éxito confirmado por las generaciones siguientes y extranjeras, pues que hay un fondo análogo en la mentalidad humana de las razas civilizadas. Y esto que el ideal homérico es aun bárbaro; pero no es individualista. Lo que más que todo importa al nacimiento y al éxito de una gran obra literaria, es la existencia de un ideal común á todo un pueblo. Pero la comunidad de los sentimientos supone una sociedad homogénea y cuya organización tenga por base una suficiente justicia. En las sociedades donde impera un individualismo desenfrenado, donde nadie ocupa el lugar que le corresponde, donde las relaciones sociales son conflictos resultantes de una verdadera mezcla de intereses y de apetitos egoístas, no puede existir un ideal común de alguna elevación. La guerra incesante de cada uno contra todos y de todos contra uno ahoga forzosamente los sentimientos generosos, es decir, solidarios. A pesar de todo, estas sociedades individualistas se mantienen aún durante un período de tiempo más ó menos largo, beneficiándose de un retón de estabilidad temporal debido á sentimientos altruistas, legados de un pasado desaparecido ó en camino de desaparecer, como un confuso instinto

de mútua asistencia; pero estas sobrevivencias morales no podrían durar indefinidamente si las mismas instituciones no las conservaran. Así, pues, es necesario que se produzca una nueva génesis de amplio altruismo en las sociedades que quieren vivir, prosperar, durar, y para que esta génesis pueda efectuarse es necesario que la organización social se base en el apoyo mutuo y deje de estar basada en esta encarnizada competencia actual.

Las renovaciones sociales no se efectúan en veinticuatro horas; pocas probabilidades hay, pues, de que la generación contemporánea vea el florecimiento de este nuevo mundo, mundo que ya lleva, sin embargo, en su seno, la sociedad actual. Los poetas que tomaran estas nuevas aspiraciones por tema de sus composiciones crearían obras duraderas. Que semejantes obras estén aun por nacer, no significa más que el singular fenómeno que atestigua que nuestras clases letradas viven en medio de una atmósfera completamente artificial. Pero más pronto ó más tarde estas obras nacerán; las primeras serán las más conmovedoras, las más vibrantes, olerán aún á batalla. Las otras, más serenas, podrán aún ser más bellas, pues que la comparación del pasado, del presente y los horizontes ampliamente abiertos hacía el porvenir les suministrarán poderosos efectos de contraste.

Mucho me temo que las críticas futuras juzguen muy severamente nuestra literatura contemporánea. ¿Y cómo no? Tantas necedades y grosería tanta; tantos poetas incapaces de abstraerse de su pequeña personalidad; tantos escritores contándonos minuciosamente los despreciables acontecimientos psíquicos que se realizan en su corazón ó en su espíritu y que les parecen importantísimos únicamente porque los estudian con el microscopio del egoísmo; tantos literatos decapitados que no saben salirse del

erotismo; y todos, ó casi todos, tan ciegos que ni siquiera presienten las grandes transformaciones en vías de realización; bizantinos de nuestros días que aún discuten sobre la «luz increada» y no ven que su mundo va á entrar en un período de parturación, doloroso como todos los partos...

La renovada sociedad que con mayor ó menor esfuerzo saldrá de la nuestra, tendrá necesidad de un estética nueva. Sus grandes obras literarias no se inspirarán más en el individualismo extremado, sino en la ardiente simpatía social y humanitaria. Por otra parte, estas obras se dirigirán á un público preparado para saborear y apreciar estos amplios sentimientos que hoy hallan escaso eco en la masa de nuestra clases cultivadas. Una de nuestras escuelas literarias ha llegado hasta el extremo de vanagloriarse, como si fuese signo de superioridad, de su completa indiferencia moral, á semejanza de aquellos enfermos que vanidosean sobre su misma enfermedad. Toda literatura que, por egoísmo ó por impotencia, repudie los sentimientos de solidaridad, de fraternidad humana, base esencial de toda sociedad viable, no pasa de ser una pueril combinación de palabras y de imágenes, un juguete para los extenuados. No es que la perfección de la forma deje de ser algo; es que por sí sola no puede vivificar lo que está muerto. Las obras verdaderamente grandes, hechas para desafiar el tiempo, son las que sin dejar de dirigirse á nuestros ojos y oídos hacen vibrar dentro de nosotros sentimientos elevados. Para estas obras la riqueza del colorido, la melodía del verso, la pureza del estilo son meros medios.

Además de los sentimientos altruistas, existe aún otra fuente de inspiración en la que hasta el presente pocos escritores se han inspirado, y en la que se inspirarán abundantemente los poetas del porvenir, en aquellas sociedades de las que se podrá decir con justicia:

El mundo ha dado un paso, todo el conjunto se ha elevado (1).

Esta materia poética, tan poco explotada, la constituye las grandes ideas científicas. No pretendo decir con esto que retrocederemos á la poesía didáctica, género que ha hecho su tiempo; pero las ideas maestras de la filosofía científica van ligadas á los mismos destinos de la humanidad. No tan sólo se prestan á las imágenes grandiosas, sino que es fácil áliarlas á nuestra impresionabilidad afectiva. Los contados poetas que han sabido revestir poéticamente estas poderosas concepciones y aunarlas á sentimientos elevados, han creado obras imperecederas que, como el poema de Lucrecio, conservarán una juventud eterna, pues que ellas se dirigen á un mismo tiempo á nuestro sentido estético por la belleza de la forma, á nuestro corazón por la amplitud de los sentimientos que expresan y á nuestra inteligencia por la profundidad de los horizontes que ante nosotros abren. En nuestra época, solamente unos pocos escritores, Goethe en Alemania, Shelley en Inglaterra, L. Bouilhef y L. Ackermann en Francia, para no hablar más que de los muertos, han sacado acentos sublimes de esta lira de múltiples cuerdas; no han sido más que precursores, pero algún día serán grandemente glorificados con este título.

(1) Bouilhef, *Los fósiles*.

Fragmento de la *Evolución literaria en las diversas razas humanas*, curso dado en la Escuela de Antropología de París, publicado por la *Revue de l'Ecole*.



La interpretación de la felicidad

En el falso estudio que de la felicidad humana han intentado hacer algunas escuelas filosóficas, hoy casi ya destronadas por completo, lejos de considerarse la existencia de cada sér como una continua consunción y reparación de sus componentes, el extravío de la razón ha inducido á descubrirla en la «vida contemplativa» ajena á toda exaltación de la acción individual y más aún á sus consecuencias.

Por eso Hartmann, que felizmente bien poca herencia ha dejado entre nosotros, afirmaba la nulidad de la vida estableciendo una comparación entre las penas y los placeres é inclinando la balanza del lado de las primeras, concepción muy contraria á la interpretación científica del hombre considerado biológicamente.

Dejando aparte muchas consideraciones filosóficas que están en contraposición con lo expuesto anteriormente, de entre las mismas conclusiones de Darwin sobre el origen y evolución de las especies, la de «la lucha por la existencia» es la que combate más rudamente esta falsa opinión. La lucha por la existencia, condición indispensable para el desarrollo individual, arrastra consigo la necesidad tanto de las penas como de los placeres y de aquí que tanto las unas como los otros formen igualmente parte de la vida de todo sér; y fuera de esa gran ley ¿podría existir en absoluto el placer sin el dolor? Precisamente son dos estados biológicos tan ligados que la intensidad deprimente del primero nos hace sentir con mayor fuerza la reacción de vitalidad del segundo.

Quiero, pues, significar con esto que aparte la absurda opinión moral del he-

donismo es imposible separar el dolor de la intimidad misma del placer ya que hasta todo acto en busca de una alegría arrostra consigo algo así como una zozobra del equilibrio, un intenso estado de excitación, un verdadero penar.

En absoluto, pues, ni el placer ni el dolor desaparecen, son el resultado consiguiente de nuestra actividad, de nuestra vida misma; relativamente, evolucionan juntos y sin cesar y ligándose cada vez más harmónicamente, y sólo el dolor llega á la anulación de las ansias de vida cuando por un cambio repentino del ambiente el individuo se encuentra totalmente extraño á él; sólo entonces es cuando puede *con razón* pronunciar la terrible sentencia de que «le es imposible vivir la *nueva vida*».

Los dos valores, *Placer* y *Dolor* positivo el uno y negativo el otro, ¡cuán pocas veces conducen por su mayor intensidad del primero sobre el segundo á la extinción del sér humano!...

El suicidio, como á falsa ley antropológica es un factor muy insignificante en la vida de las humanidades y aún en la mayoría de los casos, lejos de provenir de una perversa meditación hecha por el individuo acerca su felicidad, es, como decíamos anteriormente, el resultado de una repentina modificación del medio ambiente, es decir, que es producido por falta completa de adaptación al nuevo estado que el individuo por influencias extrañas hase visto obligado á abrazar.

Las razas humanas, por un justo triunfo del Bien sobre el Mal, de la Vida sobre la Muerte, han conservado enérgicamente la riqueza de voluntad necesaria para convertir en actividad instintiva la

lucha por la existencia. La falta de adaptación al medio á que una vida ajena á todo esfuerzo dirigido al mantenimiento de la existencia nos hubiera inducido forzosamente, había arraigado en cada individuo de por sí una decrepitud, que transmiéndose por herencia al cabo de unas cuantas generaciones, el suicidio hubiera sido un hecho general.

Afirmada pues la vida como un contingente de placer y de dolor, inmutable en su esencia, aunque evolutivo en sus formas, es inútil buscar la felicidad en va-

nos idealismos que han impulsado á una parte de la humanidad á pronunciar la macábrica sentencia de que «la vida no es digna de ser vivida».

La verdad franca y sincera de nuestra vida que la ciencia ha descubrierto nos la muestra admirablemente esta bella concepción de Guyau: «*La vida es como el fuego; sólo arde consumiéndose*». Es pues en la intensidad del vivir, en la exaltación de las fuerzas del individuo para la realización de las grandes obras donde debemos buscar la Felicidad.

J. Ruskin

Sobre la educación

En todas las escuelas, en todos los países y en todos los tiempos, el buen trabajo sano dependerá de la exclusión absoluta de todo estimulante competitivo, bajo ninguna forma ó máscara. Cada niño debe ser juzgado según su propio tipo, educado para su propio deber, recompensado por su justa alabanza. El *esfuerzo* es lo único que merece alabanza, no el resultado. Es una cuestión que no depende del estudiante si su habilidad es mayor ó menor á la de otro individuo; se trata de saber si hace todo lo que puede con sus aptitudes naturales. Cada niño nace con una capacidad mental determinada y absolutamente limitada; por su naturaleza es apto para unas cosas é inepto para otras. Toda la belleza, felicidad y poder de su vida dependerán de su contento haciendo debidamente *lo que puede*, desempeñando tranquilamente *su papel*. Si ha de ser comparado con la mayor ó menor capacidad de los demás, que lo sea para emplear sus poderes superiores *en ayuda* de los otros y no para predominar sobre ellos, y que no se le mortifique si les es inferior, que encuentre un noble placer

admirando otras facultades más bellas que las suyas. Es imposible imaginarse el placer que yo hallaba en la superioridad de Turner y de Tintoretto cuando mi habilidad era solamente naciente. Quisiera ver grabado en la puerta de cada escuela, la frase: *No hacer nada por rivalidad ó por vanagloria*. Al contrario, la natural indolencia de una lentitud sana no debe ser turbada por provocaciones ó torturada por los castigos. Que el maestro de escuela se acuerde del proverbio de la sabiduría: *No se puede fabricar una bolsa de seda con la oreja de una marrana*. Si la belleza de una mujer sin discreción se parece á una joya de oro en la jeta de un cerdo, más lo parecerán los conocimientos comprendidos en el hombre y la mujer. En esta serie de *Fors Clavigera*, he afirmado continuamente que las gentes instruidas deben compartir su pensamiento con las que no son instruidas y tomar parte en sus trabajos; pero ni una sola línea he dejado escrita en ninguna parte que implique que la educación de todos deba ser semejante. La educación debe ser libre y accesible á todos, como el cielo,

pero jamás ha de ser compulsiva. Conducid el hombre y el caballo al río para que beban, si quieren, y cuando quieran; el niño que desea la instrucción se aprovechará de ella; el que no la desea será desgraciado.



Ultimamente he recibido una carta de la madre de Francesca, que tiene, ciertamente, un derecho para poder hablar en materia de educación. «Si algunas facultades tengo en este mundo, escribe, es para enseñar á los niños y hacer que sean buenos y *perfectamente felices* á la vez. He aquí mi principio: Ningún gobierno sirve para nada, salvo el gobierno de sí mismo (*self-government*), y los niños más malvados se convierten en buenos cuando se les enseña lo que es bueno y lo que es malo y se les deja en libertad de obrar por sí mismos.» Poseo una regla que me comunicó un amigo cuando Francesca era aún un bebé: *no ver el mal, pero alabar el bien*; por

ejemplo: si un niño es sucio, no se lo reprochéis ni le dejéis ver siquiera que lo habéis visto, pero á la primera ocasión alabadle si se os presenta limpio y bien vestido y el niño pronto se irá modificando en este sentido. Yo no sé explicarme esto, pero tantas veces como lo he ensayado me ha dado siempre buen resultado. Yo limito la instrucción religiosa de mis pequeños amigos á aprender de memoria el pequeño poema del doctor Watts, *Aunque no soy más que un niño*, sin duda fuera de moda, como todo mi sistema, pero los pequeñuelos pueden aprender y comprender este verso:

No ofenderé á nadie voluntariamente,
ni seré fácilmente ofendido;
procuraré mejorar lo que sea malo
y soportaré lo que no pueda mejorar.

He conocido á un viejo capitán americano que varias veces me contó que con la ayuda de estos versos había navegado por todo el mundo tan guapamente.

(De *Fors Clavigera*, págs. 255 y 275.)

Recibido:

De la biblioteca de «La Escuela Moderna», de Barcelona: *La Substancia Universal*, por P. Javal-Bloch; *Resumen de la Historia de España*, por Nicolás Estévanez.—De la biblioteca de «La Huelga General», de Barcelona: *El Sindicato*, por E. Pouget, traducción de Anselmo Lorenzo.—De la biblioteca «Juventud Libertaria», de Barcelona: *Canciones libertarias*, por varios autores.—*Le refus de Service Militaire et sa véritable signification*, por E. Armand, París, «Ere Nouvelle».

La Unión Ferroviaria, de Almería.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne farà il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA